VICENTE ALEIXANDRE ANTE EL PROCESO DE LO REAL (*)

Mucho se habla de realismo; la poesía española última, la más joven, ha tomado un claro camino realista. La diferencia esencial existente entre las promociones de los años cuarenta y las que arrancan del cincuenta, estriba en que ahora la poesía viene montada sobre una consideración real de que antes carecía. No es solamente que la intención sea real, sino que la misma poesía, si se estima verdadera, *no tiene más remedio* que ser real, y esto porque el alrededor, las condiciones históricas y psicológicas del hombre actual, conminan a un realismo bien concreto, del que no se pueden tampoco zafar, por supuesto, las mismas exigencias formales, las cuales tienden—si es que no se han cristalizado totalmente—a un equilibrio de lenguaje. Tantos grupos, tantos "ismos" o asignadas cofradías parciales de la poesía, han conducido a un productivo reposo de expresión, a un estilo global. Por eso, existe—es indudable—cierto parecido, como de espejo, entre los poetas del nuevo laborar poético español. Pero las apariencias engañan; debajo de esa superficie unitaria, cada poeta posee su estilo propio; esto ha ocurrido en todas las épocas en que un "modo" común permitió desarrollar hasta el máximo las distintas personalidades. Epoca de afianzamiento, de solidificación. Lo que algunos creen monotonía es comunidad de suelo y techo.

En esta nueva forma de lo poético, la juventud va, como digo, en vanguardia, y no es redundancia, ya que hay juventudes que se suben a la trasera de los carros. Los poetas del cuarenta, como tal conglomerado, se quedaron atrás. Todo lo que no sea acogerse, integrándose, a las necesidades de la poesía diaria de ahora, resultará fallido. Es difícil respirar el aire general de hoy cuando se lleva a las espaldas el cargamento de unas circunstancias ya sin vigencia, a menos que la personalidad supere las jubilaciones generales. Vicente Aleixandre—a esto iba yo—ha escrito un libro dentro de las características de la nueva poesía española. Y no lo ha escrito organizando la integración, intelectualizando lo creado; él se ha empapado de vida transeúnte, se ha sentido joven, y tal es la sorprendente juventud de este libro, que más de un poeta español de la última hornada se verá reconocido en él. Y sin renunciar el poeta a su línea evolutiva. El hecho de que Aleixandre sea

(*) VICENTE ALEIXANDRE: *En un vasto dominio*. Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1962.

el poeta de la generación del veintisiete más adelantado, no implica anulación de su anterioridad. Aleixandre se ha dejado llevar por su tiempo, y a la vez lo ha guiado, pues el tiempo no es nada sin el hombre que lo hace notar. Aleixandre ha llegado a su completada creación; sus libros anteriores, paralelos a las urgencias de cada época, anunciaban ya *En un vasto dominio,* resumen de creadora y humana circunstancialidad, y perennidad de estilo; todo, por representar las solicitaciones de determinado tiempo. Aleixandre nos ha resultado un joven, un asombroso poeta joven, y a la cabeza de todos, con una acumulada experiencia de vida y lenguaje.

En un vasto dominio es un libro que crece y crece en una prodigiosa elaboración de lo universal. Conste que esta dialéctica de lo real no tiene nada que ver con un filosofismo de pega; lejos están Hegel, incluso Marx, a pesar de que las referencias a la materia puedan hacernos pensar en una dialéctica materialista; lo histórico, en Aleixandre, no obedece a ningún metabolismo de tipo político.

¿No es, entonces, este magnífico libro un canto a la materia? No. Es una alabanza de lo real; la materia supone, en el hombre, al espíritu. Al menos, el espíritu como conciencia de sensibilidad y voluntad. Esto es lo fascinante de *En un vasto dominio:* que constituye un libro sin unilateral intención, aunque con un orden y una espontaneidad. No se nos pretende convencer de nada; simplemente narrar el transcurrir de la materia, desde su origen—sexo, fisiología—hasta la muerte y el recuerdo.

Así, el poeta nos hablará, primero, del cuerpo humano, de sus partes, es decir, de lo más evidente y próximo. Luego se referirá a ese cuerpo viviendo en la Naturaleza: en el capítulo II (tal titula Aleixandre cada parte), la actualidad de un pueblo ofrecerá motivos de consolidación campesina de lo real. Después, será la evocación de un tiempo no presente y natural, sino falso, ciudadano y desaparecido; si antes surgía en los poemas un tonto, un leñador, una madre joven, ahora aparecerán marquesas, destellos de óperas, sedas, artificiosidades... Es la antivida, los malos tiempos felizmente consumidos. Siguiendo los capítulos, en el IV y V (ambos titulados "incorporación temporal") el poeta reflejará aspectos de la realidad interior o exterior: "Antigua casa madrileña", "Lope, en su casa", "Historia de la literatura". Y en el último capítulo, la vida fulge como recuerdo; una serie de "Retratos anónimos" (¿anónimos?) nos presenta el contraste entre la figura pintada en el cuadro y esa misma figura en su realidad absoluta, vital, verdadera.

Si la poesía tuviera lógica, éste era un libro perfectamente lógico. Lo real del hombre examinado y vivido por Vicente Aleixandre ha sido llevado desde la gestación ("incorporación") de la materia hasta su aparente exterminio, pues la muerte es sólo un paso más en el devenir de la vida universal. *En un vasto dominio* supone un canto de alegría, una glorificación de la Humanidad, patente en cada hombre, veladora de todos. Por eso, el poeta dirá que su verso repercute en todos los hombres aunque muchos no lo lean, exactamente—digo yo—como el trabajo del minero repercute en el poeta, aunque no labore en la mina. Gran fraternidad, amor que no deja resquicios y, sobre todo ello, una visión antropocéntrica del mundo, visible ya en *Historia del corazón.*

En un vasto dominio, libro jovencísimo, demuestra cómo el poeta, cuando se echa en la corriente de su tiempo, se convierte en patrón de los demás, comulga con ellos y acepta humildemente el ámbito histórico y poético que lo circunscribe. En efecto, como dije más arriba, cada nuevo poeta español responsable se verá reconocido en este espléndido libro; de igual manera, Aleixandre, recogiendo personas y escenarios entrañables, se ve reconocido en sus familiares, en sus paisajes de verano, en sus amigos. Juventud fecunda la de Aleixandre, que le permite llevarnos a través de las páginas del libro cabalgando entrecortadamente por una rápida abundancia de puntos dentro de los cuerpos estróficos y terminar lo leído como si un repentino golpe de mar nos hubiera bañado de sal, de vida, de realidad de origen. *En un vasto dominio,* entre lo colosal y lo delicado, es la lección última (por ahora) del maestro Vicente Aleixandre.

MANUEL MANTERO.